

WWW.VERDADESPRECIOSAS.ORG

**EL HOMBRE
DE DIOS**

C. H. Mackintosh

EL HOMBRE DE DIOS

*“A fin de que el hombre de Dios sea perfecto,
enteramente preparado para toda buena obra”*

(2 Timoteo 3:17)

INDICE

Introducción	4
Capitulo 1	
El hombre natural.....	8
Capitulo 2	
Un hombre en Cristo.....	17
Capitulo 3	
El hombre de Dios.....	31

INTRODUCCIÓN

El título que encabeza este artículo es una expresión que aparece en la segunda epístola que el apóstol Pablo escribió a su amado hijo Timoteo, la cual, como sabemos, se caracteriza por una intensa individualidad. Todo estudiante atento de las Escrituras advierte el sorprendente contraste entre las dos epístolas de Pablo a Timoteo. En la primera, la Iglesia es presentada en su orden, y Timoteo es instruido en cuanto a cómo debe comportarse en ella (1 Timoteo 3:15). En la segunda, por el contrario, la Iglesia es presentada en su ruina. La casa de Dios se ha convertido en una “casa grande”, en la cual no sólo hay vasos para honra sino también vasos para deshonra; y donde, además, los errores y los males abundan por todas partes, al igual que los falsos maestros y los falsos profesantes (2 Timoteo 2).

Y precisamente en esta epístola, con su propio carácter individual, la expresión “el hombre de Dios” se emplea

con esa fuerza y significado tan obvios. En tiempos de ruina, de fracaso, de decadencia y de confusión generales, es cuando más hace falta la fidelidad, devoción y determinación del hombre de Dios. Y es una señal de gracia para él, saber que, a pesar del irremediable fracaso de la Iglesia como testimonio responsable de Cristo en esta tierra, en lo individual, tiene el privilegio de seguir una senda tan elevada, gustar de una comunión tan profunda y disfrutar de tan ricas bendiciones como jamás se pudo experimentar ni conocer en los días más brillantes y prósperos de la Iglesia.

Éste es un hecho sumamente alentador y consolador, establecido por muchas pruebas irrefutables, y que está expuesto en el mismo pasaje de donde tomamos el título de este artículo; un pasaje de singular valor y poder, que citamos a continuación:

“Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:14-17)¹.

Vemos aquí al “hombre de Dios” en medio de toda la ruina y confusión, de las herejías y las depravaciones morales de los últimos días, con sus rasgos individuales característicos: “perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. Y, podemos preguntar, ¿qué más podría decirse de los días más brillantes de la Iglesia? Si nos volvemos al mismo día de Pentecostés, con todo su despliegue de poder y gloria, ¿encontramos acaso algo mejor, algo más elevado o más sólido que lo que estas palabras describen: “perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”?

Y ¿no es una señal de gracia para todos los que desean seguir fielmente a Dios, en un día oscuro y malo, saber que, a pesar de todo el mal, el error, la oscuridad y la confusión, poseen aquello que puede hacer a un niño “sabio para la salvación”, y a un hombre, “perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”? Sin duda que lo es; y debemos alabar a nuestro Dios por ello, con corazones plenos y rebosantes. Es una gran bendición, en días como estos, tener acceso a la fuente eterna del inspirado Libro, donde tanto el niño como el hombre pueden encontrarse a beber y saciarse; a esa fuente cristalina cuyo fondo no se puede ver ni alcanzar por su inmensurable profundidad; a ese Libro incomparable e inapreciable, que encuentra al niño en el regazo de su madre y lo hace sabio para la salvación, y al hombre en la etapa más avanzada de su carrera práctica y lo hace perfecto, enteramente preparado para las exigencias de

cada día. Antes de concluir este artículo, tendremos ocasión de considerar más particularmente al “hombre de Dios”, así como también la fuerza y el significado especial de este término. Estamos plenamente persuadidos de que esta expresión tiene un alcance y un significado mucho más profundos de lo que comúnmente se entiende por ella.

La Escritura presenta al hombre bajo tres aspectos: En primer lugar, tenemos al hombre natural, en segundo lugar, al hombre en Cristo, y, en tercer lugar, al hombre de Dios. Podría pensarse, tal vez, que el segundo y el tercero son sinónimos; pero encontraremos una muy sustancial diferencia entre ambos. Es cierto que antes de poder ser un hombre de Dios, primero debo ser un hombre en Cristo; pero estos términos no son de ninguna manera empleados indistintamente.

1

EL HOMBRE NATURAL

El término «hombre natural» es un término de amplísimo contenido. Bajo este título podemos encontrar todos los matices posibles de carácter, temperamento y actitud.

Sobre la base de su naturaleza, el hombre se mueve entre dos extremos: se lo puede ver en el nivel más alto posible de culturización, o en el punto más bajo de su degradación. Podemos verlo rodeado de todas las ventajas, los refinamientos y de las llamadas dignidades del mundo civilizado, o encontrarlo hundido en las costumbres más brutales y vergonzosas del mundo salvaje. Podemos verlo en los casi innumerables grados, rangos, clases y castas en que se ha distribuido la familia humana. Y dentro de una misma casta o clase social, podemos encontrar también los más vívidos contrastes en

la forma de ser de su carácter, temperamento y disposición. Encontramos, por ejemplo, un hombre de temperamento tan atroz que realmente causa horror a todo aquel que lo conoce; es la peste de su entorno familiar y una pesada carga para la sociedad. Puede ser comparado a un puerco espín que tiene siempre las púas erizadas, y si uno se encuentra con él una vez, no querrá volverlo a ver nunca más. También podemos encontrar a un hombre con el temperamento más dulce y el carácter más agradable. Es tan atractivo como el otro repulsivo. Es tierno y amoroso, un esposo fiel, un padre bondadoso, afectuoso y atento; un patrón considerado y generoso; un vecino amable y cordial; un amigo desinteresado y querido por todos, y justamente, cuanto más lo conocen, más lo estiman, y el que lo encuentra una vez, le resulta tan agradable que querrá volver a verlo siempre.

Sobre la base de la naturaleza, podemos hallar además a un hombre falso y embustero de tomo y lomo; que se complace en la mentira, el fraude y el engaño; y aunque no tenga un objeto que sirva a sus propios intereses, nada que ganar, prefiere mentir antes que decir la verdad. Es un hombre vil y despreciable en todos sus pensamientos, palabras y actitudes, tanto que a nadie le agradaría tenerlo cerca. Por otra parte, podemos encontrar a un hombre de grandes principios, franco, honorable, generoso y recto, para quien sería repugnante decir una mentira o cometer un acto vil. De reputación intachable, y de carácter excepcional. Su palabra es tomada muy en

cuenta; es una persona con la cual a todos les gustaría tratar, de un carácter natural casi perfecto; un hombre de quien se podría decir: le falta una sola cosa.

Finalmente, a medida que nos movemos a lo largo de la gran plataforma de la naturaleza humana, nos podemos encontrar con el ateo, que gusta de negar la existencia de Dios. También está el infiel que niega la revelación de Dios, el escéptico y el racionalista que no creen en nada y, del otro lado, podemos hallar al devoto supersticioso que ocupa su tiempo en ayunos y oraciones, en ordenanzas y ceremonias, y que se siente seguro de haber ganado un lugar en el cielo por haber cumplido una serie de largos y tediosos ritos religiosos que en realidad lo hacen incapaz de desempeñar las funciones y responsabilidades propias de la vida doméstica y social. Podemos encontrar hombres con opiniones religiosas de todos los matices imaginables: iglesia alta, iglesia baja, iglesia ancha o sencillamente ninguna iglesia; hombres que, sin una chispa de vida divina en sus almas, pugnan por las formas sin poder de una religión tradicional.

Ahora bien, hay un solo hecho, solemne y grandioso, común a todas estas diversas clases, castas, grados y condiciones de los hombres que están en el terreno de la naturaleza: que no hay ni un solo lazo entre ellos y el cielo; ni un solo lazo entre ellos y el Hombre que está sentado a la diestra de Dios; ni un solo lazo con la nueva creación. Todos están sin Cristo y sin esperanza. Son

inconvertos. No tienen la vida eterna. En lo tocante a Dios, a Cristo, a la vida eterna y al cielo, todos —aun cuando difieren moral, social o religiosamente— se encuentran sobre una base común: están alejados de Dios, sin Cristo, en sus pecados, en la carne, son del mundo y van camino al infierno.

Dicho esto, se sigue, como consecuencia terrible y necesaria, que todos los que están situados sobre el terreno de la naturaleza, tienen frente a ellos las llamas de un infierno eterno. Nadie que oye la voz de la santa Escritura pasará por alto este gran hecho. Los falsos maestros pueden negarlo. Los infieles pueden pretender sonreír con desprecio ante tal pensamiento; pero la Escritura es clara al respecto, tan clara como la luz misma del mediodía: habla, en diversos lugares, del fuego que nunca se apaga y del gusano que no muere (véase Marcos 9:44).

Sería el colmo de la insensatez que alguien busque dejar de lado el claro testimonio de la Palabra de Dios respecto a este solemne e importante tema. Es mucho mejor que el testimonio caiga con todo su peso y autoridad sobre el corazón y la conciencia; mucho mejor escapar de la ira venidera que atreverse a negar que viene, y que, cuando venga, permanecerá para siempre. ¡Sí, para siempre jamás!

¡Qué tremendo pensamiento! ¡Qué consideración más abrumadora! ¡Ojalá que hable, con vivo poder, al alma del

lector inconverso, y lo lleve a exclamar, con sinceridad de corazón: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” (Hechos 16:30)! La divina respuesta se encuentra en las siguientes palabras que salieron de los labios de dos de los más altos y dotados embajadores de Cristo: “Arrepentíos y convertíos” (Hechos 3:19), dijo Pedro al judío. “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa”, dijo Pablo al gentil. Y, de nuevo, el último de estos dos benditos mensajeros, al resumir su propio ministerio, define todo el asunto con estas palabras: “Testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

¡Qué simple, pero qué real! ¡Qué profundo y qué tremendamente práctico! No es una mera fe intelectual, teórica o puramente de nombre. No es meramente decir «yo creo». ¡Ah, no! Es algo mucho más profundo y más serio que esto. Mucho es de temer que una gran cantidad de fe que se profesa en nuestros días sea desgraciadamente superficial, y que gran cantidad de personas que asisten a las reuniones y conferencias sean oyentes junto al camino y de terreno pedregoso (Mateo 13). El arado nunca ha pasado sobre ellos. El barbecho nunca ha sido arado (véase Oseas 10:12). La flecha de la convicción nunca los ha alcanzado hasta el fondo; nunca han sido quebrantados. Nunca han dado un giro completo ni sufrido un cambio radical. La predicación del Evangelio a tales personas es como esparcir preciosas semillas en el duro pavimento o sobre un camino apisonado. Nunca

penetra en las profundidades del alma, no alcanza la conciencia ni el corazón. La semilla queda en la superficie, y es arrastrada por el primer viento que pasa.

Y esto no es todo. Mucho es de temerse también que gran número de los predicadores de hoy, en sus esfuerzos por simplificar el Evangelio, pierden de vista la eterna necesidad de arrepentimiento, y la necesidad esencial de la acción del Espíritu Santo, sin la cual la supuesta fe es un mero ejercicio humano que desaparece como la niebla de la mañana, dejando al alma todavía en la región de la naturaleza, satisfecha consigo misma, recubierta con el lodo suelto de un evangelio simplemente humano que grita “¡Paz! ¡paz! cuando no hay paz”, pero el peligro es inminente (véase Ezequiel 13:10; Jeremías 6:14).

Todo esto es muy serio, y debería conducir a un profundo ejercicio de alma. Llamamos la atención del lector para que dé a esta cuestión una seria e inmediata consideración. Le suplicamos que responda ahora a la siguiente pregunta: «¿Tiene Ud. la vida eterna?» «¿La tiene?». “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36). ¡Qué gran realidad! Si no la tiene, no tiene nada. Todavía está sobre la base de la naturaleza, de la cual tanto hemos hablado. Sí, todavía está allí, sin importar si es el mejor de los ejemplos que hemos presentado: amable, culto, atento, franco, generoso, leal, honesto, encantador, querido, ilustrado, instruido, e incluso piadoso en un sentido puramente humano. Usted puede

ser todo esto y, sin embargo, no tener una sola pulsación de vida eterna en su alma.

Esto puede sonar duro y severo. Pero es la verdad. Tarde o temprano descubrirá que es la verdad. Quisiéramos que se de cuenta de esto ahora. Que vea que está en total bancarrota, en el más amplio sentido del término. Una declaración de quiebra ha sido formulada contra usted en el tribunal superior del cielo. “Los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8, VM). ¿Ha ponderado alguna vez estas palabras? ¿Ha visto alguna vez estas palabras aplicadas a su propia vida? Mientras permanezca sin arrepentirse, sin convertirse y sin creer, no puede hacer ni una sola cosa que agrade a Dios. Ni una sola. “En la carne” y «sobre la base de la naturaleza» significan lo mismo; y mientras usted esté allí, en esa condición, no puede agradar a Dios. “Es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7); debe ser renovado desde lo más profundo de su ser. Una naturaleza no renovada es absolutamente incapaz de ver el reino de Dios, y de entrar en él. Debe nacer “de agua y del Espíritu”, esto es, por la Palabra viva de Dios y por el Espíritu Santo. No hay ninguna otra forma de entrar en el reino. Alcanzamos el bendito reino de Dios, no mediante el mejoramiento de uno mismo, sino por un nuevo nacimiento. “Lo que es nacido de la carne, carne es”, y “la carne para nada aprovecha”, porque “los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Juan 3:6; 6:63; Romanos 8:8).

¡Qué claro! ¡Qué inequívoco! ¡Qué rotundo! ¡Qué personal es todo esto! ¡Cuán sinceramente deseamos que el lector que no ha sido despertado, o que se muestra indeciso, pueda recibirlo en su corazón hoy mismo, como si fuese la única persona sobre la faz de la tierra! De nada le servirá generalizar y contentarse simplemente con decir que «todos somos pecadores». No. Es un asunto sumamente personal. “Es necesario nacer de nuevo”; y si preguntara de nuevo: “¿Cómo?”, oiga la divina respuesta de los labios del mismo Maestro: “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-15).

Éste es el remedio divino para un corazón quebrantado y una conciencia afligida; para todo pecador irremediabilmente perdido, que merece el infierno; para todo aquel que reconoce su ruina, que confiesa sus pecados, y que se juzga a sí mismo. Toda alma cansada y cargada, agobiada por el peso de sus pecados, tiene aquí la bendita promesa de Dios. Jesús murió, para que usted pudiera vivir. Fue condenado, para que usted pudiese ser justificado. Bebió la copa de la ira, para que usted pudiera beber “la copa de la salvación”. Contéplelo colgando en una cruz por usted. Vea lo que hizo a su favor: Satisfizo todas las demandas —las infinitas y eternas demandas— del trono de Dios; cargó con todos sus pecados; llevó sobre sí todas sus culpas; lo representó delante de Dios, y puso fin a su entera condición de pecador. Vea que Su

muerte expiatoria respondió perfectamente a todo lo que estaba o pudiera estar en su contra. Véalo resucitando de entre los muertos, una vez que hubo acabado todo. Véalo ascendiendo a los cielos, llevando en su divina persona las marcas de una expiación consumada. Contéplelo sentado en el trono de Dios, en el lugar más alto del poder, coronado de honra y de gloria. Crea en él, y recibirá el don de la vida eterna, el sello del Espíritu Santo y las arras de la herencia. Pasará del terreno de lo natural, a ser “un hombre en Cristo” (2 Corintios 12:2).

2

UN HOMBRE EN CRISTO

A todos aquellos cuyos ojos fueron abiertos para ver su verdadera condición natural, que fueron convencidos de pecado por el poder del Espíritu Santo, y que no conocen el verdadero significado de un corazón quebrantado y de un espíritu contrito, les resultará profundamente interesante conocer el divino secreto del reposo y la paz. Si es verdad —y lo es porque Dios lo dice— que “los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8, VM), ¿cómo hacer, pues, para no estar en la carne? ¿Cómo puede uno traspasar los límites de su naturaleza caída? ¿Cómo puede alcanzar la bendita posición de aquellos de quienes el Espíritu Santo declara: “Mas vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu” (Romanos 8:9)?

Estas, seguramente, son preguntas trascendentales. Porque debemos saber y recordar que ninguna mejora de nuestra vieja naturaleza tiene valor alguno en cuanto a nuestra posición delante de Dios. Está muy bien, en lo que a esta vida se refiere, que un hombre haga todos los esfuerzos posibles para mejorarse a sí mismo, cultivando su mente, desarrollando su memoria, elevando su tono moral, progresando en su posición social. Todo esto es perfectamente cierto, tanto que no admite discusión ni duda alguna.

Pero aun cuando admitimos plenamente la verdad de todo esto, no altera en lo más mínimo la solemne y arrolladora declaración del inspirado apóstol de que “los que están en la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:8, VM).

Debe haber una posición totalmente nueva, y esta nueva posición no puede ser alcanzada por ningún cambio de la vieja naturaleza —ni por sus hechos, palabras ni sentimientos, por ninguna ordenanza religiosa, rezos, limosnas ni sacramentos—. Haga lo que haga con su naturaleza, ésta seguirá siendo la misma. “Lo que es nacido de la carne, carne es”; y haga lo que haga con la carne, no la puede hacer espíritu. Debe haber una nueva vida, una vida que fluye del nuevo hombre, del postrer Adán, el cual, por su resurrección, llegó a ser la Cabeza de una nueva raza.

¿Cómo puede obtenerse esta vida tan preciosa? Oiga la memorable respuesta; sí, óigala querido lector angustiado, y viva: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

Aquí tenemos un cambio total de posición: pasamos de muerte a vida, de una posición en la cual no existe ni un solo vínculo con el cielo, con la nueva creación ni con el Hombre resucitado en la gloria, a una posición en la cual no existe un solo vínculo con el primer hombre, con la vieja creación y con el presente siglo malo. Y todo esto es por creer en el Hijo de Dios: no simplemente por decir que creemos, sino por creer realmente y de todo corazón en el Hijo de Dios; no por una fe intelectual, teórica o puramente de nombre, sino creyendo con el corazón. Sólo así es posible llegar a ser “un hombre en Cristo”.

Todo verdadero creyente es un hombre en Cristo. Ya sea un convertido en el día de ayer o un anciano de cabellos blancos que está en el camino del Señor desde hace cincuenta o sesenta años, ambos se encuentran exactamente en la misma posición en Cristo. No puede haber ninguna diferencia aquí. El estado práctico de cada uno puede diferir enormemente; pero la posición que ocupan en Cristo es exactamente la misma. En el plano de la mera naturaleza —como lo dijimos— podemos encontrar personas de todos los matices, grados, clases y

condiciones imaginables, pero todas están en la misma posición. En el nuevo plano divino, celestial, la condición práctica de cada uno también varía en gran manera. Podemos encontrar creyentes con enormes diferencias en inteligencia, experiencia y poder espiritual, pero todos poseen la misma posición delante de Dios: todos están en Cristo. No puede haber ninguna diferencia de grado en cuanto a la posición, aunque sí la hay en cuanto al estado práctico de cada uno.

Lo repetimos, tanto el convertido de ayer como el anciano que es padre en Cristo, están en pie de igualdad en cuanto a su posición en Cristo. Cada uno es un hombre en Cristo y ninguno puede superar al otro en esto. A veces oímos hablar de «La vida cristiana superior», pero, estrictamente hablando, no hay tal cosa como una vida cristiana más elevada o más baja, porque Cristo es la vida de cada creyente. Puede que los que utilicen estos términos quieran referirse a algo correcto. Probablemente se refieran a las etapas superiores de la vida cristiana: a un mayor acercamiento a Dios, una mayor semejanza a Cristo, un mayor poder en el Espíritu, una mayor consagración, una mayor separación respecto del mundo. Pero todas estas cosas tienen que ver con nuestro estado, y no con nuestra posición en Cristo, la cual es absoluta, eterna e inmutable. Si no estamos en Cristo, estamos en nuestros pecados; pero si estamos en Cristo, no podemos alcanzar un grado más alto en cuanto a posición.

Si el lector se vuelve unos instantes a 1 Corintios 15:45-48, encontrará una poderosa enseñanza sobre esta gran verdad fundamental. El apóstol habla aquí de dos hombres: “El primer hombre” y “el segundo hombre”. Y nótese con atención que el segundo Hombre no tiene absolutamente ninguna vinculación con el primero, sino que está en contraste con él. Él mismo es la fuente de vida, nueva, divina, independiente y celestial. El primer hombre fue enteramente desechado como criatura culpable y perdida. Nos referimos a Adán como cabeza de toda la raza humana. En lo personal, fue salvo por gracia, pero si lo vemos como representante de la raza humana, ha fracasado irremediablemente. El primer hombre es una completa ruina. Esto lo demuestra el hecho de que hay un segundo Hombre; porque podemos verdaderamente decir de los dos hombres, lo mismo que se dice de los pactos: “Porque si aquel primero hubiera sido sin defecto, ciertamente no se hubiera procurado lugar para el segundo” (Hebreos 8:7). El mismo hecho de que haya sido introducido un segundo Hombre constituye la prueba del completo fracaso del primero. ¿Por qué fue necesario un segundo si se hubiese podido hacer algo con el primero? Si nuestra vieja naturaleza adámica hubiese sido capaz de ser mejorada, no habría habido ninguna necesidad de algo nuevo. Pero “los que están en la carne no pueden agradar a Dios”. “Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Romanos 8:8, VM; Gálatas 6:15).

Hay un inmenso poder moral en toda esta línea de enseñanza. Ésta pone el cristianismo en un sorprendente y vivo contraste con toda forma de religiosidad debajo del sol. Tomemos el judaísmo o cualquier otro tipo de religión que alguna vez se hubiere conocido o que ahora existe en el mundo, y ¿qué es lo que encontramos?: Que todas invariablemente han sido concebidas con el propósito de poner a prueba, mejorar o reformar al primer hombre.

Pero, ¿qué es el cristianismo? Es algo enteramente nuevo, celestial, espiritual, divino. Está basado en la cruz de Cristo, en la cual el primer hombre llegó a su fin, en donde el pecado fue juzgado y quitado de en medio y donde el viejo hombre fue crucificado y puesto fuera de la presencia de Dios para siempre, en lo que respecta a todos los creyentes. Para la fe, la cruz pone fin a la historia del primer hombre. “Con Cristo estoy juntamente crucificado” —dice el apóstol—, y también: “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 2:20; 5:24).

¿Son éstas meras figuras retóricas, o las poderosas palabras del Espíritu Santo que declaran el gran hecho de que nuestra vieja naturaleza ha sido desechada por no valer absolutamente nada y estar condenada? Sin duda que esto último. El cristianismo comienza, por decirlo así, con la tumba abierta del segundo Hombre, para continuar su brillante carrera hacia la gloria eterna. Es, decididamente, una nueva creación, en la cual no hay un

solo ápice de las cosas viejas, pues “todas las cosas son de Dios” (2 Corintios 5:18, VM), y, si “todas las cosas” son de Dios, no puede haber absolutamente nada del hombre.

¡Qué reposo! ¡Qué consuelo! ¡Qué fuerza! ¡Qué elevación moral! ¡Qué dulce alivio para las pobres almas cargadas que han buscado vanamente, por años tal vez, encontrar la paz mediante el mejoramiento de uno mismo! ¡Qué liberación de la miserable esclavitud del legalismo, en todas sus fases, se obtiene al encontrar el precioso secreto de que mi yo culpable, perdido y arruinado —aquello que yo, por todos los medios posibles, he estado tratando de mejorar—, ha sido dejado de lado completamente y para siempre; que Dios no busca ninguna enmienda en él; que ha condenado al yo y lo hizo morir en la cruz de su Hijo! ¡Qué respuesta hay aquí para el monje, el asceta y el ritualista! ¡Oh, si este cristianismo celestial, divino, espiritual, fuera comprendido en todo su poder emancipador; si sólo fuese conocido en su poder y realidad vivientes, seguramente liberaría al alma de las mil y una formas de corrupción religiosa mediante la cual el principal engañador y enemigo está arruinando a millones de almas! Podemos decir verdaderamente que la obra maestra de Satanás, su esfuerzo más exitoso contra la verdad del Evangelio, contra el cristianismo del Nuevo Testamento, se ve en el hecho de que conduce a la gente inconversa a adoptar y aplicar a sí mismos ordenanzas de la religión cristiana y a profesar muchas de sus doctrinas. De esta forma, ciega sus ojos e impide que vean su

verdadera condición, arruinada, perdida y culpable, y logra asestar un golpe mortal al puro Evangelio de Cristo. El mejor remiendo que jamás se pudo haber puesto en el “vestido viejo” de la naturaleza arruinada del hombre, es la profesión exterior de cristianismo sin la vida divina; y cuanto mejor es el remiendo, peor se hace la rotura (véase Marcos 2:21).

Escuchemos atentamente las tan significativas palabras del apóstol Pablo, el mejor maestro y exponente del verdadero cristianismo que el mundo jamás haya visto: “Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” —nótese que dice “no yo... mas Cristo”— “y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:19-20)².

Esto, y no otra cosa, es el cristianismo; no “el viejo hombre” —la vieja naturaleza, el primer Adán—, que se hace religioso, por más que su religión sea la profesión de las doctrinas del cristianismo y la adopción de sus ordenanzas. No; es la muerte, crucifixión y sepultura del viejo hombre —del viejo yo, de la vieja naturaleza—, y llegar a ser un nuevo hombre en Cristo. Todo verdadero creyente es un nuevo hombre en Cristo. Ha salido completamente del terreno de la vieja creación —del viejo estado de pecado y de muerte, de culpabilidad y de condenación—, y ha pasado al terreno de la nueva

creación, a un nuevo estado de vida y de justicia en un Cristo resucitado y glorificado, la Cabeza de una nueva creación, el postrer Adán.

Esta es la posición inalterable del más débil creyente en Cristo. No hay absolutamente ninguna otra posición para el cristiano. Yo debo estar en el primer hombre o en el segundo; no hay un tercer hombre, porque el segundo Hombre es el postrer Adán. No hay término medio. Estoy en Cristo o en mis pecados. Si estoy en Cristo, soy como él es delante de Dios. “Como él es, así somos nosotros en este mundo (1 Juan 4:17). No dice «como él fue», sino “como él es”; el cristiano es considerado por Dios como uno con Cristo en todo respecto, excepto en su Deidad, naturalmente, la cual es incomunicable. El adorable Salvador ocupó el lugar del creyente en la cruz, llevó nuestros pecados, murió nuestra muerte, pagó nuestra culpabilidad y nos representó en todo respecto. Tomó todos nuestros pecados, todas nuestras deudas, todo lo que pertenecía al pecador como hombre natural, fue nuestro sustituto en el más amplio y elevado sentido de lo que este término significa. Y una vez que resolvió divinamente nuestro caso y llevó nuestro juicio, se levantó de entre los muertos, y ahora es la Cabeza, el Represente y la única verdadera definición del creyente delante de Dios. De esta gloriosa y liberadora verdad, la santa Escritura da el más amplio testimonio. El pasaje recién citado de Gálatas constituye una muy gráfica, poderosa y resumida declaración de esta verdad. Y si el

lector se vuelve al capítulo 6 de Romanos, encontrará más pruebas de esto. Citaremos algunas de las porciones más relevantes.

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; mas en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” (Romanos 6:1-11).

Reparemos especialmente en las siguientes palabras del pasaje citado: “los que hemos muerto”; “somos sepultados

juntamente con él”; “como Cristo resucitó... así también nosotros”; “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él”; “morimos con Cristo”; “muertos al pecado”. Ahora bien, ¿entendemos realmente su verdadero alcance y significado? ¿Advertimos verdaderamente su aplicación para nosotros? Son preguntas que escudriñan el corazón; pero muy necesarias. La verdadera doctrina del capítulo 6 de Romanos es poco comprendida. Hay miles de personas que profesan creer en la eficacia de la muerte expiatoria de Cristo, pero que no ven en ella nada más allá del perdón de sus pecados. No ven la crucifixión, muerte y sepultura del viejo hombre; la destrucción del “cuerpo del pecado”; la condenación del pecado; la entera abolición del viejo sistema de cosas pertenecientes a su primera condición adámica; en una palabra, su perfecta identificación con un Cristo muerto y resucitado. Por eso urgimos a todos los lectores a considerar con la mayor atención esta importantísima línea de verdad, la cual reside en la base misma de todo el verdadero cristianismo, y forma una parte integral de la verdad del Evangelio.

Veamos todavía unas pruebas más sobre este punto. Escuchemos lo que dice el apóstol a los colosenses: “Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas

de hombres)” —así es como nos hablan los preceptos humanos, diciéndonos que no manejemos esto, que no gustemos aquello, que no toquemos lo otro, como si hubiera algún principio divino implicado en tales cosas— “cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne. Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 2:20-3-3).

Aquí nuevamente cabe preguntarnos hasta qué punto hemos captado el verdadero sentido, el alcance y la aplicación de palabras tales como éstas: “¿Por qué, como si vivieseis en el mundo...?”. ¿Vivimos en el mundo o en el cielo? ¿Dónde? El verdadero cristiano es aquel que ha dejado el presente siglo malo —que ha muerto al mundo—, y ya no tiene nada que ver con él, de la misma manera que Cristo. “Como Cristo... así también nosotros” (Romanos 6:4). Él está muerto a la ley, muerto al pecado: vivo en Cristo, vivo para Dios, vivo en la nueva creación (véase Gálatas 2:19; Romanos 6:11). El cristiano pertenece al cielo; está inscrito como ciudadano del cielo. Su religión, su política, sus costumbres y principios morales, todo es del cielo. Es un hombre celestial que camina en la tierra, y que cumple todos los deberes

pertenecientes a las diversas relaciones en que la mano del Padre lo ha colocado, y en las cuales la palabra de Dios lo reconoce plenamente y lo guía ampliamente, tales como esposo, padre, patrón, hijo, servidor y demás similares. El cristiano no es un monje, un asceta ni un ermitaño. Es, lo repetimos, un hombre espiritual, celestial, que está en el mundo, pero que no es del mundo. Es como un extranjero en lo que respecta a su residencia aquí abajo. Está en el cuerpo por lo que respecta a su condición, pero no está en la carne en lo que respecta al principio de su posición. Es “un hombre en Cristo”.

Antes de concluir esta sección, quisiéramos dirigir la atención del lector al capítulo 12 de 2 Corintios, donde encontrará de inmediato la positiva posición del creyente y su posible condición. Su posición es fija e inalterable, tal como lo establece esa expresión de tan amplio alcance: “Un hombre en Cristo”. La condición del creyente puede oscilar entre los dos extremos presentados en los primeros y en los últimos versículos de este capítulo. Un cristiano puede estar en el tercer cielo, en medio de las visiones seráficas de ese bendito y santo lugar, o bien hundido en todas las cosas malas y groseras mencionadas en los versículos 20 y 21, si no vela.

Puede que se pregunte: «¿Es posible que un verdadero hijo de Dios se encuentre alguna vez en una condición moral tan baja como ésa?» ¡Lamentablemente, querido lector, eso es perfectamente posible! No hay sima de

pecado o de locura en la que un cristiano no pueda caer en cualquier momento, si no es guardado por la gracia de Dios. Hasta el mismo apóstol, cuando descendió del tercer cielo, necesitó “un agujón en la carne”, para que no se enalteciera sobremanera. Bien podríamos esperar que un hombre que había sido arrebatado hasta esa brillante y bendita región, jamás volviera a ser presa de sus sentimientos de orgullo. Pero el simple hecho es que ni aun el tercer cielo es capaz de remediar la carne. Ésta es absolutamente incorregible, y debe ser juzgada y mantenida en sujeción día a día, hora tras hora, momento a momento; de lo contrario, tendremos mucho trabajo penoso que hacer.

Sin embargo, nada puede alterar la posición del creyente. Él está en Cristo para siempre, justificado, hecho acepto y perfecto en Él, y nunca podrá ser otra cosa. Además, siempre debe juzgar su estado en función de su posición, y nunca su posición en función de su estado. El esfuerzo por alcanzar la posición dependiendo de nuestro estado, es legalismo; mientras que negarse a juzgar nuestro estado en función de la posición, es antinomianismo. Los dos —aunque tan diferente el uno del otro— son igualmente falsos, opuestos a la verdad de Dios, ofensivos al Espíritu Santo y completamente ajenos al pensamiento divino de “un hombre en Cristo”.

3

EL HOMBRE DE DIOS

Habiéndonos referido a temas tan profundamente interesantes como el hombre natural y un hombre en Cristo, nos queda ahora por considerar, en tercer y último lugar, un tema sumamente práctico, sugerido por el título de este escrito, a saber: el hombre de Dios.

Sería un grave error suponer que todo cristiano es un hombre de Dios. Aun en los días de Pablo y Timoteo había muchos que llevaban el nombre de cristianos, pero que en realidad estaban muy lejos de conducirse como hombres de Dios, es decir, como aquellos que eran verdaderamente hombres de Dios en medio del fracaso y del error que ya entonces habían comenzado a introducirse furtivamente. La percepción de este hecho es lo que hace que la segunda epístola a Timoteo sea tan profundamente interesante. En

ella encontramos lo que podemos llamar una amplia provisión para el hombre de Dios en el tiempo en que es llamado a vivir: un tiempo peligroso, oscuro y malo, seguramente, en el cual todos “los que quieren vivir piadosamente” debe mantener los ojos fijos en Cristo mismo, en su Nombre, en su Persona, en su Palabra, si quieren avanzar contra la corriente.

Es casi imposible leer la segunda epístola a Timoteo sin sentirse impresionado por su carácter intensamente individual. El mismo comienzo de la epístola es notablemente característico: “Doy gracias a mi Dios, al cual sirvo desde mis mayores con limpia conciencia, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones noche y día” (1:3).

¡Qué emotivas y encendidas palabras! ¡Qué conmovedor es escuchar a un hombre de Dios derramando los tiernos y profundos sentimientos de su amoroso y gran corazón, en el corazón de otro hombre de Dios! El querido apóstol estaba comenzando a sentir la fría indiferencia que se estaba extendiendo rápidamente sobre la iglesia profesante. Estaba probando la amargura de las esperanzas frustradas. Sintió el abandono de muchos que una vez habían profesado ser sus amigos y compañeros en esa gloriosa obra a la cual había dedicado todas sus energías. Muchos se avergonzaban del “testimonio de nuestro Señor” y de Su prisionero. No es que hayan dejado de ser cristianos ni que abandonaran la profesión

cristiana; sino que le dieron las espaldas a Pablo, dejándolo solo en el día de la prueba.

Ahora bien, en esas circunstancias, el corazón se vuelve con especial ternura a una fe y un afecto individual. Si uno estuviese rodeado de sinceros confesores de Cristo, de una gran nube de testigos, de un gran ejército de buenos soldados de Jesucristo; si la corriente de la devoción fluye alrededor de uno y simplemente lo lleva en su seno, no dependería tanto de las simpatías y de la comunión individuales. Pero cuando el estado general de cosas es bajo, cuando la mayoría se muestra infiel, cuando los antiguos compañeros nos abandonan, es entonces cuando la gracia personal y el verdadero afecto son especialmente valorados. El fondo oscuro de la decadencia general, pone de relieve la devoción individual.

Esto es lo que vemos en la preciosa epístola que estamos considerando. Hace bien al corazón escuchar las comunicaciones del viejo prisionero de Jesucristo, que puede hablar de servir a Dios desde sus mayores con limpia conciencia, y del incesante recuerdo de su amado hijo y fiel compañero de yugo.

Es especialmente interesante notar que, ya sea en referencia a su propia historia o a la de su amado amigo, Pablo siempre se remonta a hechos de fecha muy temprana relacionados con la senda individual de cada uno, anteriores al tiempo en que se conocieron, como

también al de, lo que podríamos llamar, sus asociaciones eclesíásticas —todos hechos importantes e interesantes en su lugar—. Pablo había servido a Dios desde sus mayores, con limpia conciencia, antes de conocer a otros cristianos; y pudo seguir haciéndolo aun cuando lo abandonaron todos sus compañeros en la fe. Así también, en el caso de su fiel amigo, dice: “Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y estoy seguro de que en ti también” (1:5).

¡Qué bello y conmovedor es todo esto! Quedamos asombrados por estas referencias a la vida anterior de estos amados hombres de Dios. La “limpia conciencia” de uno y la “fe no fingida” del otro, constituyen dos grandes cualidades morales que deben poseer todos aquellos que son verdaderos hombres de Dios en un día oscuro y malo. La primera hace inmediata referencia al único Dios vivo y verdadero en todas las cosas; la otra encuentra todos sus recursos en Él. Aquélla nos conduce a caminar delante de Dios; ésta nos permite caminar con Él. Ambas son indispensables en la formación del carácter del verdadero hombre de Dios.

Es imposible sobreestimar la importancia de mantener una limpia conciencia delante de Dios en todos nuestros caminos. Es de un valor inestimable. Una conciencia pura impulsa a referir todo a Dios. Nos guarda de ser sacudidos de un lado a otro por todas las olas y corrientes de

opiniones humanas. Comunica estabilidad y consistencia a toda nuestra marcha y carácter. Todos estamos en inminente peligro de caer bajo la influencia humana, de conformar nuestros caminos a los pensamientos de nuestros semejantes, de adoptar sus ideas y sus pasatiempos.

Todo esto destruye el carácter de un hombre de Dios. Si Ud. adopta el tono y carácter de sus semejantes; si consiente ser formado en un molde meramente humano; si su fe se apoya en la sabiduría del hombre; si su objetivo es complacer al hombre, entonces, en lugar de ser un hombre de Dios, llegará a ser miembro de un partido o de una asociación exclusivista. Perderá esa encantadora frescura y originalidad tan esenciales para un siervo de Cristo, y estará caracterizado por los rasgos distintivos y sobresalientes de una secta³.

Guardémonos cuidadosamente de esto, que ha arruinado a muchos siervos valiosos. Muchos que hubieran podido ser realmente trabajadores útiles en la viña, fallaron completamente por no mantener la integridad de su carácter y de su senda individual. Ellos comenzaron con Dios; iniciaron su carrera en el ejercicio de una conciencia limpia y en la búsqueda de esa senda que la mano divina había trazado para ellos. Había en ellos un florecimiento, frescor y verdor en los primeros tiempos, muy refrescante y alentador para todos los que se relacionaban con ellos. Eran enseñados por Dios. Se acercaban a la fuente eterna

de la Santa Escritura y bebían por sí mismos. Tal vez no sabían mucho, pero lo que sabían era real, porque lo recibían de Dios, y era bien aprovechado, porque “mucho alimento se halla en el barbecho de los pobres” (Proverbios 13:23, VM).

Pero, en vez de seguir con Dios, cedieron ante la influencia humana. Adquirieron la verdad de segunda mano, y se volvieron vendedores de los pensamientos de otros hombres. En vez de beber de la propia Fuente, bebieron de las corrientes de la opinión humana; perdieron la originalidad, la simplicidad, la frescura y el poder, y se hicieron meros copistas, si no miserables caricaturas. En vez de derramar esos “ríos de agua viva” que fluyen de todo verdadero creyente en Jesús, cayeron en los estériles tecnicismos, y en las secas y metódicas expresiones formularias de la mera religión sistematizada.

Querido lector cristiano, debemos guardarnos cuidadosamente de todas estas cosas. Hemos de vigilar, orar para ser guardados de ellas, creer que son perniciosas, y vivir a contracorriente de ellas. Procuremos servir a Dios con limpia conciencia; vivamos en Su inmediata presencia, a la luz de su bendito rostro, en la santa intimidad de la comunión personal con él, por el poder del Espíritu Santo. Podemos estar seguros de que éste es el verdadero secreto del poder del hombre de Dios en todo tiempo y en cualquier circunstancia. Debemos

caminar con Dios en el profundo y apreciado sentido de nuestra propia responsabilidad personal hacia él. Esto es lo que entendemos por una “limpia conciencia”.

Pero ¿tenderá esto, en el más mínimo grado, a disminuir nuestro sentido del valor de la verdadera comunión, de la santa comunión con todos aquellos que son fieles a Cristo? De ninguna manera; en realidad, es precisamente lo que comunicará poder, energía y profundidad de tono a la comunión. Si todo “hombre en Cristo” sólo se condujese cabalmente como un “hombre de Dios”, ¡qué bendita comunión habría! ¡Qué trabajo de corazón! ¡Qué brillo y qué inequívoco poder! ¡Qué diferente del frío formalismo de un asentimiento meramente nominal dado a ciertos dogmas acreditados de un partido, por un lado, y del espíritu de cuerpo de los círculos exclusivistas, por otro!

Hay pocos términos tan comúnmente usados y tan poco comprendidos como la palabra «comunión». En innumerables casos, indica simplemente el hecho de una membresía nominal en algunas denominaciones religiosas —un hecho que no ofrece ninguna garantía de que haya una comunión viva con Cristo o una devoción personal a Su causa—. Si todos los que están nominalmente «en comunión» se condujesen cabalmente como hombres de Dios, ¡qué diferente estado de cosas tendríamos el privilegio de presenciar!

Pero, ¿qué es la comunión? Es, en su expresión más elevada, tener un objeto común con Dios y compartir la

misma porción; siendo Cristo mismo ese objeto y esa porción: el Cristo conocido y en quien nos gozamos por el Espíritu Santo. Esta es la comunión con Dios. ¡Qué privilegio! ¡Qué dignidad! ¡Qué bendición inefable, que se nos permita tener un objeto común y una parte común con Dios mismo! ¡Deleitarse en Aquel en quien Él se deleita! No puede haber nada más elevado, nada mejor, nada más precioso que esto. Ni siquiera en el cielo mismo conoceremos algo superior. Nuestra propia condición será, gracias a Dios, completamente diferente. Habremos terminado con este cuerpo de pecado y de muerte, y seremos revestidos con un cuerpo de gloria. Habremos roto definitivamente con un mundo de pecado, de dolor y de distracción, donde todo está directamente en oposición a Dios y a nosotros, y respiraremos la atmósfera pura y cargada de hilaridad de aquel radiante y bendito mundo de arriba. Pero, en lo que respecta a nuestra comunión, como es ahora lo será entonces, “con el Padre, y con su Hijo Jesucristo”, “en la luz” (1 Juan 1:3, 7), y por el poder del Espíritu Santo.

Nos referimos bastante a nuestra comunión con Dios. En cuanto a nuestra comunión los unos con los otros, es simplemente una realidad mientras andamos en la luz, tal como lo leemos: “Si andamos en luz como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Sólo podemos tener comunión unos con otros mientras andamos en la inmediata presencia de Dios. Puede haber

mucho trato o relación social sin una pizca de comunión divina. ¡Lamentablemente, mucho de lo que pretende ser comunión cristiana, no es más que pura palabrería religiosa, la superflua, inútil y desecante cháchara del mundo religioso, nada más miserablemente infructuoso! Es verdad que la verdadera comunión cristiana puede ser solamente gozada en la luz. Sólo cuando estamos andando individualmente con Dios en el poder de la comunión personal, tenemos realmente comunión los unos con los otros; y esta comunión consiste en gozar de Cristo verdaderamente con el corazón, como nuestro único objeto y como nuestra porción común. No es el empleo puramente intelectual de ciertas doctrinas preferidas que recibimos para tener en común. No es la simpatía mórbida con aquellos que piensan, ven y sienten igual que nosotros respecto de alguna teoría o dogma favorito. Es algo completamente diferente de todo esto. Es deleitarse en Cristo, juntamente con todos aquellos que andan en la luz; apegarse a su Persona, a su Nombre, a su Palabra, a su causa, a los suyos. Es una consagración conjunta, de corazón y de alma, a Aquel “que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” y nos trajo a la luz de la presencia de Dios, para que andemos allí con él y los unos con los otros. Nada menos que esto es la comunión cristiana; y cuando se comprende realmente, nos conducirá a hacer una pausa y considerar lo que decimos cuando en un determinado caso afirmamos: «tal persona está en comunión».

Pero debemos proseguir con nuestra epístola y ver la plena provisión que hay en ella para el hombre de Dios, por más oscuro que sea el tiempo que le toque vivir.

Hemos visto la importancia, o, mejor dicho, la indispensable necesidad de tener una “conciencia limpia” y una “fe no fingida” en el equipamiento moral del hombre de Dios. Estas cualidades conforman el mismo cimiento de todo el edificio de la piedad práctica que siempre debe caracterizar a un auténtico hombre de Dios.

Pero hay aún más que esto. El edificio debe ser levantado, de la misma forma que se echó el cimiento. El hombre de Dios tiene que trabajar en medio de todo tipo de dificultades, pruebas, penas, desalientos, obstáculos, preguntas y controversias. Tiene un vacío que llenar, un camino que conducir, un trabajo que hacer. Venga lo que viniere, debe servir. El enemigo se puede oponer, el mundo puede mirar de mal ojo, la Iglesia puede estar en ruinas alrededor de él, falsos hermanos pueden poner trabas, frustrar esfuerzos y marcharse; pueden surgir peleas, controversias y divisiones que oscurecen la atmósfera; pero, a pesar de todas estas cosas, el hombre de Dios debe seguir adelante, trabajando, sirviendo, testificando, dentro de la esfera de actividad en que la mano de Dios lo ha colocado, y según el don que le haya sido conferido. ¿Cómo se lleva a cabo esto? No solamente manteniendo una conciencia limpia y ejercitando una fe no fingida —¡preciosas e indispensables cualidades, sin

duda!—, sino que, además, tiene que escuchar con atención estas importantes palabras de exhortación: “Por lo cual, te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos” (1:6).

El don debe ser avivado, porque si lo dejamos dormido, se volverá inservible. Existe un gran peligro de dejar que el don caiga en desuso, a causa de las desalentadoras influencias de las circunstancias que nos rodean. Un don que no se usa, pronto se vuelve inútil; en cambio, un don que es avivado y diligentemente utilizado, crece y se expande. No basta con poseer un don, debemos ocuparnos del don, cultivarlo y ejercitarlo: ésta es la forma de mejorarlo.

Y observemos la fuerza especial de la expresión “el don de Dios”. En Efesios 4:7, leemos del “don de Cristo”, y allí también encontramos todos los dones, desde el rango más alto al más bajo, provenientes de Cristo, la Cabeza resucitada y glorificada de Su cuerpo, la Iglesia. Pero en 2 Timoteo, esto se halla definido como “el don de Dios”. Es verdad que Cristo nuestro Señor —¡bendito sea su santo nombre!— es “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”, por lo que el don de Cristo es el don de Dios. Pero podemos estar seguros de que nunca hay ninguna distinción en la Escritura en la que no se aprecien diferencias; y de ahí que alguna buena razón hay para que se utilice la expresión “el don de Dios”. No dudamos de que esté en plena armonía con la naturaleza y el objeto de

la epístola en la que aparece. Es “el don de Dios” comunicado al “hombre de Dios”, para ser usado por él, a pesar de la irremediable ruina de la iglesia profesante y de todas las dificultades, la oscuridad y el desaliento del tiempo en el cual le toca vivir.

El hombre de Dios no debe permitir que se le impida cultivar y ejercitar diligentemente su don, aunque todo parezca tinieblas y obstáculos, porque “Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio” (1:7). Nuevamente “Dios” es presentado a nuestros pensamientos, y ello, a su vez, con una gracia especial, al proveer a su hombre con todo lo necesario para satisfacer las exigencias particulares de su tiempo: “Espíritu de poder, de amor y de dominio propio”. ¡Qué maravillosa combinación! ¡De hecho, un exquisito compuesto preparado “según el arte del perfumista”! ¡Poder, amor y sabiduría! ¡Qué perfecto! Ni un solo ingrediente de más. Si fuera solamente un espíritu de poder, podría inducirnos a llevar las cosas de forma arrogante y dictatorial; si fuera sólo un espíritu de amor, podría inducirnos a sacrificar la verdad por causa de la paz y la armonía, o a tolerar indolentemente el error y el mal, en lugar de ofender. Pero el poder se suaviza por el amor, y el amor se fortalece por el poder; además, el espíritu de sabiduría se agrega para concertar el poder y el amor. En una palabra, todo es una hermosa y divinamente perfecta provisión para el hombre de Dios. Es justamente lo que necesita para “los postreros días”

tan peligrosos, tan difíciles, tan llenos de todo tipo de preguntas desconcertantes y de aparentes contradicciones. Si a uno se le preguntara qué consideraría más necesario para tiempos como éstos, seguramente diría: “poder, amor y dominio propio”. Pues bien, ¡bendito sea Dios!, esas son precisamente las cosas que nos ha dado en su gracia para formar el carácter, moldear la marcha y gobernar la conducta del hombre de Dios hasta el final.

Pero hay aún más provisión y exhortación para el hombre de Dios: “Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios” (1:8). En los días de Pentecostés, cuando la poderosa y rica corriente de la divina gracia fluía y se llevaba consigo a miles de almas rescatadas; cuando todos eran de un corazón y un alma cuando los que estaban fuera se sobrecogían de temor a causa de las extraordinarias manifestaciones del poder divino, se trataba más bien de participar de los triunfos del Evangelio que de sus aflicciones. Pero en los días contemplados en 2 Timoteo, todo es diferente. El amado apóstol estaba solo, prisionero en Roma; todos los que estaban en Asia lo habían abandonado. Himeneo y Fileto negaban la resurrección. Todo tipo de herejías, errores y males se estaban infiltrando. Los límites fijados por los antiguos corrían peligro de ser arrastrados por la corriente de la apostasía y la corrupción.

Frente a todo esto, el hombre de Dios debe cobrar ánimo y valor para esa ocasión. Debe sufrir penalidades, retener la forma de las sanas palabras, guardar el buen depósito que le ha sido encomendado, esforzarse en la gracia que es en Cristo Jesús, no enredarse en los negocios de esta vida —aunque bien puede estar ocupado en sus actividades ordinarias—; debe mantenerse libre como soldado, aferrarse al firme fundamento de Dios, purificarse de los vasos para deshonra dentro de la casa grande, huir de las pasiones juveniles, y seguir “la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor”. Debe evitar “las cuestiones necias e insensatas”, apartarse de los profesantes sin vida y puramente formales; estar enteramente preparado para toda buena obra, y perfectamente equipado con el conocimiento de las Sagradas Escrituras. Debe predicar la palabra, instar a tiempo y fuera de tiempo, ser vigilante en todas las cosas, soportar las aflicciones y hacer la obra de evangelista.

¡Qué categoría para un hombre de Dios! ¿Quién es suficientemente apto para estas cosas? ¿Dónde se obtiene el poder espiritual práctico para tales trabajos? En el propiciatorio. El hombre de Dios hallará este poder en la paciente, diligente y confiada dependencia del Dios viviente, y en ninguna otra cosa. Todos nuestros recursos están en Él; sólo tenemos que acercarnos a él, quien es suficiente para el día más oscuro. Las dificultades son nada para él, y son sustento para la fe. En efecto, las

dificultades más graves, son simplemente sustento para la fe, y el hombre de fe puede alimentarse de ellas y crecer y hacerse fuerte. La incredulidad dirá: “¡Hay un león rugiente en el camino!”; pero la fe puede matar al león más fuerte que ruja en el camino del nazareo de Dios. Es el privilegio de todo verdadero creyente estar muy por encima de todas las influencias hostiles que lo rodean — sin importar cuáles sean ni de dónde provengan—, y, en la calma, la quietud y el resplandor de la presencia divina, gozar de una comunión tan elevada, y gustar de tan ricos y extraordinarios privilegios, como jamás se conoció en los días más brillantes y prósperos de la Iglesia.

Todo hombre de Dios necesita recordar esto. No se obtiene ningún consuelo, ninguna paz, ninguna fuerza ni poder moral ni ninguna verdadera elevación contemplando las ruinas. Debemos mirar hacia arriba, fuera de las ruinas, al lugar donde se sentó nuestro Señor Jesucristo, a la diestra de la Majestad en las alturas; o bien —para hablar más de acuerdo con nuestra verdadera posición— mirar hacia abajo, desde nuestro lugar en los cielos, sobre todas las ruinas de la tierra. Hacer realidad nuestro lugar en Cristo, y estar ocupados con el corazón y el alma en él, constituye el verdadero secreto del poder para conducirnos como hombres de Dios. Tener a Cristo siempre ante nosotros —su obra para la conciencia, su persona para el corazón, su palabra para el camino—, es el único gran remedio, soberano y divino, para un yo en

ruinas, para un mundo en ruinas y para una iglesia en ruinas.

Pero debemos terminar. Nos gustaría explayarnos sobre el contenido de esta preciosa segunda epístola a Timoteo. Sería realmente refrescante detenernos en todas sus conmovedoras alusiones, sus serios llamamientos, sus importantes exhortaciones. Pero esto demandaría un volumen entero, por lo que debemos dejar que el lector cristiano estudie la epístola por sí mismo, rogando que el Espíritu eterno, quien inspiró lo escrito, lo revele y lo aplique, con vivo poder, a su alma, a fin de que pueda conducirse como un fiel y fervoroso hombre de Dios y siervo de Cristo, en medio de un escenario de profesión hueca, y de una religiosidad mundana y sin vida.

¡Quiera el buen Señor despertar en nosotros una más plena consagración —en cuerpo, alma y espíritu, en todo lo que somos y en todo lo que tenemos— a Su servicio! ¡Creemos que realmente podemos decir que suspiramos por esto, con un profundo sentido de nuestra falta de ello; y más lo anhelamos cuanto más nos cansamos de la condición de cosas sin realidad, dentro y alrededor de nosotros!

Querido lector, clamemos con fervor, con fe y con perseverancia a nuestro Dios siempre misericordioso para que nos haga más sinceros, más reales y más fervientes; más fieles a nuestro Señor Jesucristo en todas las cosas.

Traducido en noviembre de 2011 ©
Este libro es propiedad de Ediciones bíblicas:
Le Chêne, 1166 Perroy (Suiza)